José Luis Villacañas

Gaza y la banalidad del mal

Levante, 30 de agosto de 2025.

Quizá “Eichmann en Jerusalén” de Hannah Arendt no sea el mejor libro para analizar lo que pasa en Gaza. El análisis de un alto funcionario del nazismo es solo eso. La banalidad es la ética del burócrata. Para vivir en medio del mal, se requiere ser una persona banal, como Eichmann. Pero el mal no es banal. Eichmann era un tipo banal. Hitler no. Pero el burócrata siempre sirve a un soberano, y este nunca es banal. Puede ser un mal sustantivo cuando encarna de modo absoluto el pragma del poder. El soberano absoluto es todo menos banal.

Cuando el soberano absoluto irrumpe, sólo está permitida una cosa. Obedecer. Incondicionalmente. Y cuando un ser humano se coloca ante esa exigencia, o bien se torna banal, o bien levanta la voz y exige una norma, un criterio, un límite. El mal sustantivo consiste en aplastar esa voz que reclama una norma. La banalidad es que esa voz no te importe y hacer todo lo posible para que a nadie le importe. Eso gusta al soberano absoluto.

En la actual situación, el pragma del poder se ha elevado a absoluto y nos lanza una invitación a ser banales, a que adoptemos la lógica burocrática de la adaptación, y asumir una actitud frente a la exigencia de norma, la indiferencia. Cualquiera que no colabore a defender la exigencia de norma ante el poder, entra en la banalidad. Y eso es lo que crece en nuestras sociedades. Por eso surgen ingentes legiones de Eichmann. Ese crecimiento exponencial de la banalidad no es banal. Es funcional al soberano absoluto.

Comparar lo que sucede en Gaza con lo que pasó entre 1933 y 1945 con poblaciones judías, gitanas, homosexuales e izquierdistas, es problemático. En aquella situación, muchos lucharon por una norma y los masacrados podían tener esperanza en que triunfara una causa decente. Lo que ocurre en Gaza es el inicio de una guerra sorda, en la que no hay causa decente a la vista. Por eso los gazatíes no tienen esperanza alguna, lo que no ocurría con los masacrados en el periodo de la Segunda Guerra Mundial.

En los inicios de las terribles confrontaciones mundiales, algunos pueblos son usados de campo de experimentación. El pragma de poder absoluto sabe elegirlos. Son pueblos débiles, desunidos, incapaces de gobernarse, inclinados a banderías, sin virtud política, sin instituciones sólidas. Son los pueblos elegidos para el sacrificio. Serbia lo fue en 1914. Los españoles lo fuimos en 1936. Los gazatíes lo están siendo en estos prolegómenos de la confrontación mundial que se avecina. No pueden tener esperanza, como los españoles en 1936, porque ninguno de los bandos en lucha gana nada con su paz. Serán sacrificados hasta el último día.

En efecto, los aliados de Irán -que sostiene a Hamás-, los que dicen defender un orden mundial alternativo, Rusia o China, no han movido un dedo para detener esta sangría. No han llevado a la ONU lo único razonable, desde el primer día, una fuerza internacional bajo el paraguas de la ONU que libere a los rehenes y desarme a Hamás, de tal manera que la autoridad legítima palestina gobierne Gaza. Nadie ha querido detener esta inmensa pira sacrificial.

Esto es así porque ninguno de los beligerantes pierde nada con este genocidio, como ninguna potencia perdía nada con el genocidio del pueblo republicano español en 1936. Estados Unidos e Israel muestran de lo que son capaces, prueban sus sistemas de toma de tierra, su inteligencia militar y sus armamentos. Dan una prueba de eficacia en el uso de la fuerza, algo necesario al poder absoluto. China y Rusia dejan hacer porque el mundo mira escandalizado a las llamadas potencias democráticas. Así lanzan una invitación a terceros países para alinearse bajo su propuesta de orden mundial, de una supuesta mayor fiabilidad y dignidad.

Este desprestigio le trae al paio a los gobernantes de Estados Unidos y de Israel, porque ellos ya han abandonado la norma democrática y no sufren desprestigio alguno con estas acusaciones. La esperanza de mantener su hegemonía mundial ya no está confiada a la norma, sino a la coacción. Lo que está sucediendo en los Estados Unidos no puede analizarse de otro modo que una involución sin otro parangón que aquella que en su día se verificó con el paso de Octavio César Augusto, todavía formalmente defensor de la república, al emperador Calígula. Que se consideren los rasgos de la personalidad de Trump, según nos informan sus agentes del servicio secreto, para evaluar esta afirmación.

Todo este cálculo de consecuencias en modo alguno es banal ni es obra de la personalidad de un Eichmann. Se trata de otro mal. Pero todavía hay otra consecuencia más, dentro de la maquinaria del cálculo, que nos concierne de modo especial. Pues la única realidad que sufre un gasto reputacional en este vil sacrificio del pueblo gazatí es la Unión Europea. Y lo sufre porque ella todavía afirma ser un poder sometido a norma. Esa afirmación no puede gustar a ninguno de los poderes que se preparan para el gran enfrentamiento. No puede gustar, por ejemplo, que por atencencia a esa norma se quiera regular el uso de la IA o de las redes sociales.

Así que esos poderes absolutos obtienen un beneficio adicional del sacrificio de Gaza. Enseñan al mundo la impotencia o la hipocresía del poder sometido a normas. Maniatan a la UE, la desprestigian, la erosionan y la desarman, la hacen parecer cobarde y preparan legiones de Eichmann para que irrumpen los esbirros de sus poderes absolutos.